

Son preguntas interdisciplinarias, pero somos una consulta interdisciplinaria y, tal vez, tenemos más materia prima de la que esperábamos.

APENDICE

«Sentimiento (sentir)» según Jung

Es imposible ceñirme estrictamente al idioma inglés por falta de adjetivos adecuados en español para comunicar los matices. (Creo que el original se encuentra en su *Seelenprobleme der Gegenwart*, Rascher & Cie, Zürich, 1931.)

Después de distinguir entre el pensar y el sentir, Jung continúa:

Los tipos [de carácter] que yo llamo «propensos a pensar y a sentir» abarcan dos grupos de personas, los cuales tienen algo en común que solamente puedo describir con el término «racionalidad» ... Al tratar el tema del sentir, se pueden plantear algunas objeciones. La dificultad más grande reside en que la palabra «sentimiento» puede usarse de distintas maneras. En primer lugar, tenemos que distinguir con cuidado entre los conceptos de «sentimiento» y «sensación [física]», ya que este último denota los procesos sensoriales. En segundo lugar, es preciso reconocer que el sentir pena es algo netamente diferente del sentir que ... las acciones de las compañías de aluminio van a subir de precio en la Bolsa. Por lo tanto, me he propuesto ... no usar el vocablo «sentir» para referirme a estas cosas. Debemos hablar de «sensación» si los órganos sensibles están involucrados, y de «intuición» con referencia a aquella clase de percepciones que no se pueden atribuir directamente a las experiencias sensoriales conscientes.

... Considero que el sentir es función aparte, distinta de la sensación y la intuición. Quien confunde estas dos con el sentir, estrictamente hablando, no puede aceptar que son racionales los sentimientos, los contenidos de nuestro sentir. Si se hace la diferenciación, es claro que los valores y juicios que sentimos en nosotros no son solamente razonables, sino que además son tan perspicaces, lógicos y coherentes como los del tipo de carácter pensador.

Debemos notar que la sensación y la intuición no son racionales. Este tema parece tan importante que me permito agregar unas palabras de Frieda Fordham en su introducción al pensamiento de Jung:

El sentir es una función racional; no es normal que uno sienta en un momento dado que algo es de valor, y luego, que no vale nada. En cuanto a las cosas, el tipo de persona que siente tiene un esquema ordenado, una jerarquía de valores a la que se pega, y un sentido fuerte de la historia y de la tradición. Es una función que discierne diferencias, y donde hay poca o ninguna capacidad para sentir — como en el caso de un extrovertido que es puro pensador — se suele encontrar una tremenda acumulación de datos, algunos de valor y otros completamente inútiles.

Los que sienten se preocupan especialmente por las relaciones humanas y de la valía de la gente y su forma de comportarse mutuamente. (*An Introduction to Jung's Psychology*, Pelican, Londres, 1963, p. 40)

El totalitarismo de la economía en la perspectiva del cristianismo de América Latina¹

Renato Espoz Le-Fort

Todos estos indios han sido destruidos en almas y cuerpos, y en su posteridad y que está asolada y abrasada toda la tierra, a que de esta manera ellos no pueden ser cristianos ni vivir.

Carta de los dominicos y franciscanos
del 4 de Junio de 1516 al Gran Chambelán del Rey Carlos I.²

1. El hecho original

En 1492 comienzan los vínculos entre los originarios de América y los españoles, quienes por la violencia imponen un sistema cultural, político, social y económico basado en la codicia del conquistador y la servidumbre del natural, amparados en la necesidad de evangelizar a los infieles. La trágica relación oro-muerte-cristianismo está presente desde el primer instante. Además surge la denuncia contra la explotación, el asesinato, las detestables guerras contra los indios, y se desenmascara el pretexto de las encomiendas porque no hay en los que oprimen ninguna preocupación por la vida cristiana de los siervos.³ Se trata de una empresa religiosa, cultural, política y económica. Evangelización, «europeización», explotación y denuncia son elementos que están presentes desde el comienzo en las relaciones entre americanos y españoles.

Este es el marco de referencia más apropiado para entender las dictaduras militares de derecha de nuestros países. Si, por el contrario, tratamos de comprender estas dictaduras por comparaciones con los regímenes fascistas de Alemania, Italia

- ¹ Las consideraciones que a continuación se exponen surgieron de la lectura del trabajo del Dr. Humberto Lagos Schuffeneger, «Los cristianos frente al totalitarismo político». Además quiero expresar mi gratitud a las sugerencias de los participantes de la consulta: «El totalitarismo político: una perspectiva cristiana», realizada en Buenos Aires, abril de 1990. Agradezco especialmente a Carlos Intipampa, Marcos Gilson Gomes Feitosa, René Padilla, Siegfried Sandery y Emil A. Sobottka.
- ² Citado por Gustavo Gutiérrez, *Dios o el oro en las Indias*, Instituto Bartolomé de Las Casas, Centro de Estudios y Publicaciones CEP, Lima, Perú, 2da. edición, junio de 1989.
- ³ Cf. Gustavo Gutiérrez, *op. cit.*

o Rusia, lo más probable es que nos enredemos en analogías difíciles de comprender, pues esas tiranías tienen su propia dinámica, distinta de las nuestras. Es necesario hacer un estudio de las dictaduras latinoamericanas de derecha con el objeto de esclarecer su aparición y su propósito. Por su parte, los europeos tendrán la oportunidad de utilizar o desechar esta investigación en las interpretaciones de sus sistemas totalitarios.

El término «totalitario» para calificar las dictaduras militares de derecha es cuestionable. El totalitarismo es un sistema político que concentra todo el poder en el Estado. Trata de ejercer un control central y dirigir todas las organizaciones y actividades de la comunidad en el ámbito cultural, político, social, religioso y económico, es decir, en todas aquellas actividades que influyen en los valores de la sociedad y de la persona, en la conciencia colectiva y e individual. Surge «como una especie de refugio de las masas...aterradas ante la incertidumbre de un futuro que comienza a partir de las carencias presentes (desorden, hambre, explotación, etc.)». ⁴ En América, desde la «destrucción-descubrimiento» se impone a la población indígena un sistema «europeizante», político, social y económico orientado a producir su enajenación, explotación y despojo en vista de la codicia del oro de los conquistadores. El régimen colonial no es el refugio sino la amenaza y la muerte, ya que lleva a la población indígena a una situación de miseria, donde no puede satisfacer las necesidades elementales en virtud de una explotación inhumana. Con el tiempo se suman los mestizos y continúa la empresa imperialista, por parte — desde la independencia — de Inglaterra, Estados Unidos y luego de los países del Norte. El proyecto es constante aunque toma formas diferentes en el curso del tiempo. En nuestra época, es la realización de una sociedad libre para elegir, una sociedad comercial opulenta donde todos por axioma serán felices. Se trata de un *totalitarismo económico «extranjero»*. La alienación, dominación, servidumbre y el despojo son la realidad concreta por siglos de la mayor parte de la población de América Latina. La aparición de una dictadura de derecha no se presenta como refugio para las masas aterradas ante la incertidumbre y amenaza del futuro como lo es para un europeo; sale de los propósitos de minorías que sienten amenazados sus privilegios seculares. Estas no aceptan un sistema de restitución de lo tomado injustamente y mantienen una pretendida inferioridad de los naturales, lo que es una convicción muy conveniente para quienes quieren explotarlos y despojarlos de su trabajo y de sus derechos.

En realidad, las dictaduras militares se orientan a restablecer el sistema original de los conquistadores, fundadas en la codicia del oro. Hoy se hace en el nombre de la «ciencia económica» y no del evangelio. El objetivo de las dictaduras militares latinoamericanas de derecha es convertir el todo social en campo de una desalmada explotación económica sin misericordia para los que detentan el poder efectivo y los encargados de ejecutar su programa. No tienen ni proponen proyectos políticos e históricos duraderos; sólo tienen consignas simples, como por ejemplo el anticomu-

⁴ Dr. Humberto Lagos, *op. cit.*

nismo. Se trata de una ofensiva en contra del Estado y fundado en una ideología económica excluyente.

2. La dictadura militar de Pinochet: un ejemplo latinoamericano

Al régimen del general Pinochet lo caracteriza el autoritarismo, la violación de los derechos humanos, el uso de la fuerza para imponer a toda la comunidad, por coacción, la voluntad de una minoría que adula al «líder» para que éste realice el proyecto económico neoliberal en beneficio de esa minoría, y el empleo de la violencia contra todo disenso o crítica del proyecto económico y de los gobernantes. A la vez, con habilidad evita todo deterioro económico a los que detentan el poder, por lo que las fuerzas armadas no entran en los nuevos sistemas de salud, ni en los modernos sistemas de previsión, ni en ninguno de los perjuicios económicos a los que es sometido el resto de la población. El propósito racionalmente perseguido es establecer un sistema económico que subordine lo cultural, político y social para obtener los más amplios privilegios para los sectores económicos opulentos que buscan su propio beneficio y el de los grupos internacionales que representan.

La idea básica es que el Estado, con su legalidad coercitiva y su pésima administración, es la causa de los males del país. El plan es disminuir el poder del Estado, sobre todo sus funciones en el ámbito económico, para dar paso a la libre iniciativa, al funcionamiento del mercado sin impedimentos a nivel nacional e internacional. Para lograrlo la dictadura militar de Pinochet reduce gradualmente las funciones del Estado, traspasa el poder cultural-educacional, político, social y económico al grupo rector para que usufructue los beneficios económicos de toda la comunidad. Entrega a capitales extranjeros todas las empresas estatales bien administradas y productoras de grandes utilidades, elimina todos los agentes de la sociedad que redistribuyen la riqueza nacional, usa contra el poder negociador de la fuerza de trabajo al poder militar, el cual atenta contra la libertad del mercado y al que poco antes se había usado en defensa de la «libertad económica» contra el gobierno socialista, legisla para eliminar todas las conquistas sociales que los trabajadores habían conseguido en años de luchas, promulga leyes que favorecen las desigualdades y el desamparo de las mayorías. El proyecto es dar el marco político e institucional a la economía de libre mercado.

El argumento de justificación es que la acumulación o capitalización es imprescindible porque ella es la única fuente de donde emanan los puestos de trabajo y de ahí el bienestar de la nación. La capitalización interna se funda en las desigualdades: a mayor desigualdad, mayor inversión. La regla es apropiarse de la máxima cantidad de trabajo de los otros, para lo cual es necesario explotar al prójimo. Esta es la norma que rige las relaciones de los hombres en una sociedad civilizada y fue así propuesta por Adam Smith:

Será rico o pobre, de acuerdo con la cantidad de trabajo ajeno de que pueda disponer o se halle en condiciones de adquirir... Lo que realmente vale para el que ya la ha adquirido y desea dis-

poner de ella, o cambiarla por otros bienes, son las penas y fatigas de que lo librarán, y que podrá imponer a otros individuos.⁵

La otra fuente de capitales proviene de la inversión externa y por ello se entregan a los extranjeros las más diversas actividades para que hagan negocios. A las mercancías tradicionales se agregan: la salud, la educación y el descanso de la vida o previsión. Toda actividad o derecho humano es transformable en mercancía, fuente de ganancias jamás esperadas por los sectores de la derecha económica y los explotadores internacionales. Esto se hace a pesar de ser de sentido común el inhabilitar a los extranjeros en actividades económicas específicas, como sucede en todas partes en el área del ejercicio del gobierno y de la administración de justicia. Es conveniente reglamentar la actividad de los extranjeros porque es natural que deseen favorecer a su nación, despojándonos de nuestra prosperidad. Fácilmente pueden transformarse en públicos despojadores de nuestros hombres y riquezas, y aun algunos pueden convertirse en sembradores de abusos y vicios e imponernos sus usos y costumbres que, al menos, pueden no ser convenientes para nuestros países.⁶

Los que tienen grandes riquezas probablemente las han ganado vendiendo caro, no importando qué cosa; pagando sueldos bajos o bien obteniendo por la violencia privilegios inaceptables para el resto de la población; o prestando su nombre y capacidad a transnacionales para que obtengan enormes utilidades de la comunidad, entregándoles como negocio la salud, educación, previsión y vida de los hombres a cambio de dinero, tal como Judas dijo: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?».

3. La dictadura económica friedmanista

Afirmó una vez un economista británico: «Nunca un economista inglés va a proponer medidas en favor de la humanidad sino siempre a favor de Inglaterra.»

Debemos tener cautela y por lo menos considerar como una sugerencia la afirmación de Myrdal: «La teoría económica no se ha ocupado de los problemas de los países subdesarrollados, y si, no obstante, se la aplica en forma indiscriminada a esos problemas, resulta inadecuada.»⁷

El «friedmanismo» implantado en Chile fue posible gracias a que sectores de la derecha económica, aprovechando condiciones políticas excepcionales y ambiciones personales de hombres mediocres y economistas deficitarios e idolátricos, proclamaron a Friedman como «el economista científico». Es una teoría que no se ocupa de nuestros problemas reales, pero sí es una ideología que favorece a los ricos y a los países desarrollados en el comercio internacional.⁸ De esta manera, la derecha

⁵ Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 31.

⁶ Cf. en este tema a Tomás de Mercado, *Suma de tratos y contratos* (Sevilla 1571), Editora Nacional, Madrid, 1975.

⁷ Gunnar Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 115.

⁸ En América Latina es una tarea prioritaria revisar la formación de los economistas profesionales e ir hacia la preparación de un personal más riguroso, inserto en la historia y en la realidad de sus pue-

pudo utilizar el poder militar del Estado en su propio beneficio y en el de los intereses foráneos que representa. Al aplicar «la seudo teoría científica de Milton Friedman» consumó una verdadera revolución económica. Aniquiló los frutos del desarrollo político, social y económico que el país había logrado en más de un siglo y medio de historia democrática. El propósito fue eliminar la democracia política para disminuir la democracia económica, estableciendo como necesidad social la desigualdad en el ingreso para generar «la acumulación» que el país necesitaba para su desarrollo. Un sofisma vil, suficiente para convencer a ignorantes.

La dictadura estableció la libertad de comercio con todas las naciones y una política regresiva de distribución. Forjó una sociedad extranjerizante y de consumo para los estratos altos, e inculcó en todos los sectores que pudo el deseo de pertenecer a ella como signo de distinción. Mientras tanto, la gran mayoría vivió y vive en condiciones dramáticas. Era el costo social que los mercaderes exigían con toda la «innobleza» de su condición.

Es importante señalar que la economía positiva de Friedman asume una tergiversación del razonamiento científico para resolver las cuestiones económicas.⁹ Persiste en el uso de un lenguaje mercenario para tratar las cuestiones humanas.¹⁰ De esta manera anula la responsabilidad moral del hombre y hace desaparecer del dominio de la existencia económica a todos los pobres porque no manifiestan sus necesidades en la demanda, no votan con dinero. Un pobre desea tener pan, salud, educación, previsión y desearía comer, curar la enfermedad, saber, descansar en la edad madura. Pero su demanda no es una demanda efectiva, pues el artículo no podrá ser llevado al mercado para satisfacer su deseo puesto que no puede pagarlo. Esta es la afirmación lapidaria del economicismo; es el costo social que debe pagarse con la infelicidad de los pobres.

En cambio, cuando a los ricos se les pide que aporten más a la comunidad, se niegan con el argumento de que si algo se les enajena será en perjuicio de toda la comunidad. Hemos escuchado estas argucias en mil formas: si es un impuesto sobre las ganancias disminuirá el crecimiento, si es restitución de propiedades sobrevendrá el caos político social.

Por otra parte, los industriales aprovecharon la estructura social del país que permite que el progreso técnico de la creciente productividad se concentre en los grupos que tienen la mayor parte de los medios de producción.

El sector gobernante consideró que el poder redistributivo del estado, de los sindicatos, o de otros organismos, eran flagrantes violaciones «del orden según el cual

blos. ¿Qué sentido tiene que estudien historia económica de Europa y Estados Unidos y no de Hispanoamérica? Necesitamos pensadores económicos con formación básica en ética, física, metafísica, teología e historia económica iberoamericana. Estos economistas comprenderán los fundamentos de la economía y sabrán de los límites y posibilidades que ofrecen el conocimiento y la propia historia, respetando las tradiciones y la identidad cultural de nuestros pueblos.

⁹ Cf. Milton Friedman, *Essays in Positive Economics*. Cf. Renato Espoz, *Un conflicto en el origen de la ciencia moderna: Copérnico u Osiander*, Editorial Universitaria, Santiago, 1989.

¹⁰ Cf. Jeremy Bentham, *Escritos económicos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, pp. 189-190.

el producto se distribuye naturalmente entre las diferentes clases del pueblo». Nuevamente el argumento resultó fácil. Debían eliminarse las distorsiones y obstáculos que impedían el funcionamiento del perfecto y libre juego de las leyes de mercado. Había que utilizar cualquier recurso para ponerlo en marcha. La fuerza y la violencia contra lo que contravenía «el orden económico» permitían corregir las graves desviaciones enquistadas en la estructura política, social y económica del país a lo largo de su historia. Si hubieran sido marxistas ortodoxos habrían intentado eliminar las clases sociales, que son el impedimento para que funcione la estructura natural. Los economistas neoliberales implantaron la economía pura de mercado que se rige por el libre juego de sus leyes, lo cual permitiría, por primera vez en nuestra historia, el florecimiento del liberalismo económico que llevaría al país a niveles desconocidos de prosperidad. Creían y creen que el único impedimento para que funcione el sistema natural de Smith es el problema monetario. La sola excepción a la absoluta libertad, al «laissez faire», es la política monetaria, en la cual se asigna al gobierno, actuando a través del Banco Central, la responsabilidad de mantener la estabilidad de la economía. Trastocaron toda nuestra historia, olvidaron los fracasos anteriores de tales ideas y, lo más grave, disminuyeron severamente el bienestar de grandes sectores de la nación por vía vandálica. Para las usurpaciones a gran escala no era posible lograr un acuerdo nacional por medio de la argumentación y del saber. La apropiación empresarial otorgó la racionalidad, el propósito para que la violencia no surgiera como un capricho, lo cual agrega un criterio, habitualmente no considerado, para establecer con más cuidado las responsabilidades en las cuestiones de las violaciones de los derechos humanos.

Ante la osadía de los «mercaderes» que cambiaron violentamente las organizaciones sociales, las instituciones comunitarias y nacionales que eran el resultado de un proceso histórico participativo, surge la necesidad de denunciar todos los abusos cometidos bajo el amparo de «la economía científica».

4. El fundamento científico económico

El error partió de la definición de riqueza de Smith: «El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio le provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida y que anualmente consume el país.»¹¹

La producción es, en esta afirmación, la fuente de *todas las cosas necesarias y convenientes para la vida*; lo que el hombre necesita para vivir se reduce a esta dimensión material y, más precisamente, queda adscrito al dominio de la ciencia económica. El fin de las naciones y de los hombres es perseguir la felicidad, equivalente a riquezas y hoy igual al Producto Nacional. La producción quedó valorada positivamente. Aumentarla es una tarea que se acepta habitualmente como labor digna y como objetivo de las naciones. Por lo tanto, los objetivos de la economía se convierten en los fundamentales de los pueblos. Por ello los problemas públicos son pri-

11 Cf. Adam Smith, *op. cit.*

mariamente económicos y se resuelven de acuerdo con criterios económicos, o ¿puede imaginarse algo más importante del fin que provee de todo lo necesario y conveniente para la vida?

La consecuencia más importante para la historia moderna y contemporánea es la proposición del proyecto histórico que supone un «deber ser» de toda sociedad: llegar a ser una sociedad mercantil.¹² Esta sociedad tiene su lógica propia. Es la racionalidad de la actividad individual y nacional en torno a un fin último, que desde entonces es la riqueza o el bienestar. En términos prácticos es el aumento del Producto Bruto Nacional. El hombre, la empresa, los trabajadores y los gobiernos tienen una tarea: deben incrementar el potencial productivo de sus naciones, porque creen desde Smith en adelante que esto equivale a aumentar el bienestar general y, por lo tanto, a conquistar la felicidad humana.

El economista considera, cualquiera sea su posición sobre los fines, el bienestar. Es evidente que, se incluya o no en el análisis económico, está determinado por él como objetivo final.

Además de esto, Smith supuso que la distribución era necesariamente *justa e igualitaria*, efecto de «la mano invisible».¹³

Una afirmación que se encuentra ya en Aristóteles es que el fin de la economía es la riqueza.¹⁴ El contexto en que este autor se refiere a la economía es el problema del bien, de los fines y de su estructura jerárquica. Según Aristóteles, cada ciencia tiene su propio fin, y en consecuencia existe una diversidad de fines. Ahora bien, estos están subordinados en torno a ciencias principales. Podría suponerse que existirían muchas jerarquías de acuerdo a grupos homogéneos de ciencias, las cuales se ordenan en torno a ciencias principales. Pero esta posibilidad es desechada. Existe un sólo Bien Humano Soberano o felicidad que es asunto de una ciencia: la política. Esta se preocupa del bien humano por excelencia que es la felicidad: *eudaimonía*, que no debe confundirse con *placer o bienestar material*. Por lo tanto, la política subordina el fin de todas las demás ciencias porque su fin es el bien del hombre y de los pueblos. La política es la ciencia normativa, la que decide lo que debe hacerse y estudiarse.

Adam Smith trasladó el bien humano a la economía. De ahí proviene el carácter subordinador y normativo de la ciencia económica. Reemplazó la política por la economía. Cuando los economistas proponen, por ejemplo, cualquier política económica de desarrollo a una nación nos están diciendo qué es lo que debe hacerse no sólo en los aspectos técnicos, sino en todas las actividades humanas. La política de desarrollo, además de las cuestiones económicas, propone políticas de educación, salud, etc. Para comprender adecuadamente esta subordinación, por ejemplo, de la educación, es necesario tener presente la identificación propuesta por Smith entre ri-

12 Cf. sobre este punto el cap. III de Smith, *op. cit.*

13 Renato Espoz, «La economía seudo ciencia natural», *Boletín Teológico*, Fraternidad Teológica Latinoamericana, Buenos Aires, junio de 1989.

14 Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Libro A, 1094, c1-4.

queza y bienestar humano. Los hombres de todos los tiempos persiguen la felicidad y ésta, en la concepción de Smith, es el objeto de la economía, la cual se funda en la concepción del hombre económico, aceptado como hombre total. Smith apoyó su concepto de riqueza en la concepción del hombre en busca de su máximo beneficio, «el hombre movido por el egoísmo». Este gran equívoco debe ser esclarecido. Que la economía se preocupa de la riqueza es una cuestión que nadie negaría, pero ir más allá e identificarla con la felicidad es inadmisibles. Creer que la felicidad humana es la riqueza y es producto de la economía es una insensatez. «El dinero lo puede todo» es la opinión de los infinitos necios. El bien humano está constituido por varios elementos: salud, riqueza, educación, y sobretodo por la actividad humana en cuanto tal. Por tanto, es un error confundirlo con uno solo de ellos. Esta fue precisamente la equivocación de Adam Smith y de la tradición económica ortodoxa y revolucionaria. Felicidad no es riqueza; es confundir el todo con una de sus partes.

Es innegable que en sociedades como las nuestras, ciertos problemas económicos tienen prioridad. En efecto, mientras amplios sectores de nuestra población viven en condiciones «sub-humanas», nada es tan importante como resolver esta situación, mitigar su pobreza. Esta es una tarea de la economía en parte considerable. Pero el problema no se agota ahí; hay aspectos políticos, sociales y éticos implicados. Es claro que no pueden resolverse los problemas políticos con criterios económicos. Es necesario por ello esclarecer con precisión la ambigüedad inicial de Adam Smith, que hoy a veces alcanza caracteres insospechados.

5. La conspiración de los ricos

Los ricos han realizado usurpaciones para aumentar «la acumulación empresarial». Las han convertido en leyes declarando que es en vista del bien común y en beneficio de los pobres. El principio natural fundamental conocido como «el derecho de vivir», ha sido sustituido por la propiedad privada con el fin de conservar, con seguridad, sin miedo de pérdida, lo que acumularon injustamente. En realidad es el principio que permite aumentar las desigualdades y asegurar la acumulación empresarial para desarrollar el país. Ninguna comunidad va a defender por mucho tiempo un desatino tan grande ni un derecho a la propiedad privada sin restricciones. Más bien debería estudiarse como una forma ilícita de apropiación y debería juzgarse como un crimen contra la humanidad.

Tampoco puede aceptarse que las normas de los mercaderes se absoluticen y se conviertan en reglas que organizan el todo social como negocio. No es posible proponer el criterio de eficiencia del mercader para todas las actividades y los derechos. Todo es materia de comercio. Imponer a todas las actividades humanas la misma norma que rige en un almacén o en una trasnacional, es decir, obtener la máxima ganancia en dinero, es desde todo punto de vista una necedad y un acto suicida para la comunidad.

El deseo del mercader es querer mercar barato y vender caro. El intento y deseo de la comunidad es, por el contrario, que se venda lo más barato posible, porque le pertenece promover toda la utilidad y provecho a sus miembros. No es por puro capricho que la comunidad debe preocuparse y evaluar los precios de las cosas que más sirven a la vida, sino porque el comerciante es amigo de su propio interés. Su fin es enriquecerse y su codicia grande; subirá los precios haciendo escasear los artículos si en sus manos se los deja. Al contrario, en las cosas necesarias se ha de tener más consideración por el bien común y menos por la ganancia de los comerciantes. Es evidente que el fin de los mercaderes no es el conocimiento de la verdad, ni el bien común, sino su propio beneficio sin restricciones morales. Su actividad puede transformarse en algo afrentoso e injusto, cuando debería tener presente la utilidad pública. Es claro, los beneficios individuales no son necesariamente los de la sociedad, como propone el dogmatismo neoliberal; «vicios privados, beneficios públicos», es un error que ha demostrado la historia.

En atención a estas circunstancias, las comunidades deben proponer políticas realistas forjadas en el diálogo, en los anhelos, en las necesidades y las posibilidades de los pueblos en las que deben estar presentes principios morales, humanos, técnicos, y los que resguarden al pueblo y su cultura. La economía debe ser un auxiliar de la política. En el caso chileno deben eliminarse las condiciones impuestas por el sistema económico-militar destinadas a suprimir las restricciones que protegían el patrimonio nacional, las normas que velaban por la sociedad, la comunidad, la familia, el individuo, y, con ellas, las leyes que protegían a los sectores más pobres. De esta manera entregaron empresas nacionales a las trasnacionales a precio desvalorado, sin considerar los costos de tecnología inicial que pagó el país ni la capacidad tecnológica posterior. Transformaron la educación, la salud, la previsión, la vivienda y la alimentación en negocios, y el salario en mercancía. Suprimieron el salario mínimo con el fin de aumentar los puestos de trabajo, con lo cual pagaron salarios miserables que no costaban la subsistencia, con el agravante que a la vez eliminaron la estabilidad laboral amenazando a los miles de trabajadores con la cesantía, con la angustia de no poder alimentar a sus familias. Como dice Santo Tomás Moro:

Los ricos, tanto por fraude particular como por leyes públicas, cada día esquilman y arrebatan al pobre parte de sus medios de vida diarios. Ahora a este erróneo e injusto comportamiento lo llaman justicia, y además es sancionado por la ley. Por eso cuando considero y medito todas estas repúblicas que hoy en día florecen por doquier, válgame Dios que no puedo distinguir sino una conspiración de los ricos que procuran su propio beneficio bajo el nombre y título del bien común. Inventan y conciben todos los medios y argucias, primero para conservar con seguridad, sin miedo de pérdida, lo que han acumulado injustamente, y después para alquilar y explotar el trabajo y esfuerzo de los pobres por tan poco dinero como puedan. Cuando los ricos han decidido que se guarden y observen estas medidas con el pretexto de la comunidad, es decir, también de los pobres, entonces se convierten en leyes. Pero estos malvados y viciosos aun cuando con su insaciable codicia se han repartido lo que habría bastado para todos, ¿cuán lejos se hallan de la riqueza y de la felicidad de la república de Utopía?¹⁵

15 Tomás Moro, *Utopía*, pp. 362-363.

Difícil es dar con una descripción más cabal de lo que ha sucedido bajo la dictadura de derecha. Es una advertencia para toda América Latina. Primero, la derecha económica dio el proyecto de sociedad comercial al general Pinochet, quien lo impuso por la fuerza y contra la tradición histórica. El fundamento de «la conspiración de los ricos» era la desigualdad, la propiedad privada irrestricta, la libre iniciativa absoluta sin impedimentos morales. Es necesario advertir, con el fin de esclarecer una confusión establecida por los ricos, que no es lo mismo querer ganar en el ejercicio de la actividad económica al servicio de la comunidad que desear enriquecerse movido por el egoísmo. Lo primero corresponde a una voluntad buena y lo segundo, a una viciosa y perniciosa. El deseo de la riqueza sin ninguna restricción moral es abominable.¹⁶ En él se fija una jerarquía natural en base a las desigualdades. Todo «deber ser» moral, social o político tiene su fundamento en la «justicia de la naturaleza», en la crueldad de la selección natural y en el derecho de los más fuertes. Se estableció el reino de Caín. Luego, se impone una constitución para garantizar la sociedad mercantil. Durante quince años doblegaron por medio del poder militar al poder moderador de los sindicatos para bajar la participación del trabajo en la renta nacional; impidieron el derecho a la información veraz encarcelando a los disidentes; orientaron la actividad política hacia la consolidación de su sociedad mercantil engañando con índices el verdadero estado de la población. Esta, en elecciones «libres», mostró su repudio al despojo, la opresión, la dictadura y la mentira que imperaron en el gobierno empresario-militar. Sin ninguna vergüenza, con apremio y descaró, dictan las últimas leyes para asegurar sus apropiaciones injustas y con desvergüenza tratan de alcanzar un acuerdo social con los trabajadores. Con ello reconocieron el hecho empírico de que la dinámica del excedente basado en las desigualdades no funcionó, de que el fruto del progreso no se distribuyó ni se difundió a toda la colectividad. El modelo debe ser rechazado por la evidencia empírica y porque sus predicciones no se cumplieron. Después del fracaso electoral, los empresarios se percataron de que las remuneraciones eran malas, y que era urgente mejorarlas y establecer un salario mínimo. Son las nuevas ideas que expresan algunos dirigentes empresariales. Suena a sarcasmo un acuerdo social, porque su único designio es continuar con «la conspiración de los ricos»; lo que desean es conservar lo que han acumulado injustamente.

Frente a tal desorden de las relaciones humanas, corrupción de la organización política y tergiversación del bien común, se deben plantear con urgencia vínculos justos en la sociedad para no dañar ni agravar al prójimo, se debe establecer una institucionalidad política irreprochable fundada en el estudio y análisis del bien común, para obligarse de modo objetivo a él y restituir a los hombres lo que les pertenece. La salud, la educación, el descanso de la vida y la subsistencia, no son para que se vendan y enajenen, sino para que, como de todos, a todos sirvan.

¹⁶ Cf. Tomás de Mercado, *op. cit.*

La malicia las hizo particulares y la necesidad venales. Esto deberían considerar los que ciega y maliciosamente se persuaden de que en su particular arbitrio corrupto está poner precio a las necesidades y a la vida humana, lo que es un gran daño para la sociedad.¹⁷

En una sociedad que se dice cristiana, ¿cómo es posible reconciliar el ideal de justicia con la injusticia real? ¿Cuál es el papel de Dios y del hombre en todo esto? ¿Se ha menospreciado el derecho de los pobres? ¿Se ha retenido algo del pobre? ¿Hemos visto perecer algunos por falta de alimentos o de asistencia? ¿Hemos hecho del dinero nuestra confianza? ¿Nos complacemos en la abundancia de riquezas? Como Job debemos reconocer que hay injusticia. Job es el «Siervo de Adonay» por excelencia, como dice el rabino Etan Levine. Simboliza para el lector bíblico el instrumento de la transformación histórica que la naturaleza y el hombre deben realizar para que surja otro mundo, el mundo de Dios. Dios no puede suplantar al hombre. Nuestro mundo es nuestra responsabilidad. ¿Cuál será el sentido que tomarán ahora los cristianos? ¿Será una religión al servicio de la liberación y la justicia o estará al servicio de la violencia y la explotación?

¹⁷ Cf. Tomás de Mercado, *op. cit.*